

Hi 16 - 02

3 copias.

*Julio Aróstegui,
Cristian Buchrucker
y Jorge Saborido*
(directores)

EL MUNDO
CONTEMPORÁNEO:
HISTORIA Y PROBLEMAS



Editorial Biblos

INTRODUCCIÓN GENERAL

Orígenes y problemas del mundo contemporáneo

Julio Aróstegui

En el comienzo de su célebre libro *El Antiguo Régimen y la revolución*, aparecido en 1856, decía Alexis de Tocqueville que "no ha habido nunca acontecimiento más grande, de antecedentes más remotos, mejor preparado y menos previsto" que el de la Revolución misma (Tocqueville, 1982 [1856]). Un tratadista actual, Paul Kennedy, ha afirmado por su parte, en relación con aquel mismo hecho histórico, que "el conflicto que iba a absorber las energías de gran parte del continente [Europa] durante dos decenios empezó despacio y de un modo irregular" (Kennedy, 1995).

Estas sugerentes consideraciones acerca de ese gran pórtico del mundo contemporáneo que fue el desarrollo, en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX, de procesos revolucionarios de gran extensión y alcance, no podrían menos que incitar, a más de doscientos años de distancia y cuando comienzan un nuevo siglo y un nuevo milenio, algunas reflexiones que estarían por demás muy indicadas en esta Introducción a una nueva historia del mundo contemporáneo.

Tocqueville y Kennedy hablaban respectivamente de la revolución en Francia y en Europa. No es un despropósito histórico extrapolar ambos juicios para hacerlos extensivos a las *revoluciones* que en una y otra parte del Atlántico, si aceptamos esa vieja tesis de la existencia de una "revolución atlántica" (Palmer, 1970), dieron paso a una nueva época de la civilización mundial, la que llamamos justamente *Edad Contemporánea* o *mundo contemporáneo*. Además, emprendemos esta reflexión sobre el origen del mundo contemporáneo cuando los rasgos históricos esenciales del período pueden percibirse hoy ya en una fase en la que empiezan a perder protagonismo ante la emergencia de nuevos y poderosos factores de cambio.

En efecto, la presente obra se ocupa de la época histórica que transcurre desde las revoluciones de fines del siglo XVIII hasta nuestro tiempo, en el que de forma más pacífica y difusa, pero no menos trascendente, se está produciendo una nueva revolución de la civilización y de la cultura, o culturas, de la humanidad. Su conte-

nido abarca, pues, hasta la historia misma que vivimos hoy quienes escribimos o leemos la anterior, es decir, llega hasta la *historia de nuestro presente*. El caso es que ninguna historiografía, ni antigua ni nueva, podría pretender dar cuenta de la naturaleza, el origen, la significación para la humanidad de este nuevo momento llamado *contemporaneidad* sin explicar suficientemente sus raíces, sus antecedentes, sus condicionamientos a largo plazo. Sin los precisos antecedentes históricos, difícilmente podría pretenderse una explicación del grado en que esta nueva época innovará, aceptará o rechazará viejas estructuras sociales y políticas y creará una realidad distinta.

Por ello, esta Introducción atiende a presentar un panorama sintético pero suficiente de los *precedentes históricos* a largo plazo y los *orígenes* más inmediatos de esa nueva forma de civilización contemporánea que, nacida en Occidente —en Europa y América—, ha ido extendiéndose sin cesar por todo el orbe, engullendo o fundiéndose con otras civilizaciones y culturas. La desembocadura final de todo ello, hasta el presente, parece apuntar a la *globalización* de la que tanto se habla hoy. Se tratará también de hacer ahora un recuento y una presentación previa de muchos de los grandes temas que los autores de la obra estudian de forma pormenorizada y rigurosa.

Aunque en la historiografía, como en cualquier otra investigación, nunca se puede pretender haber dicho la palabra decisiva, es claro que hoy puede ofrecerse un panorama razonablemente coherente de cómo el mundo occidental y, poco a poco, todos los demás ámbitos de civilización del planeta han ido integrándose en las fronteras de una nueva civilización “contemporánea”. Después del siglo XVI y de los grandes cambios operados con el Renacimiento, la civilización occidental produjo otro momento de esplendor en el siglo XVIII. A partir de entonces no han hecho sino ampliarse las perspectivas del conocimiento mutuo entre civilizaciones que, hasta entonces, ignoraban las unas la existencia de las otras.

1. El origen revolucionario occidental del mundo contemporáneo

A pesar de los cambios que se han operado en la visión histórica e historiográfica acerca de los orígenes del mundo contemporáneo, queremos establecer aquí que el término ‘revoluciones’ sigue siendo enteramente aplicable, a nuestro juicio, para caracterizar el fenómeno que pretendemos describir. Una amplia serie de movimientos revolucionarios, desde Nueva Inglaterra, en América del Norte, hasta el río Elba, en el corazón de Europa, tuvieron lugar en el último cuarto del siglo XVIII y fueron los que conformaron en su conjunto ese “gran acontecimiento” del que hablara Tocqueville con el que se abre una nueva época histórica.

Esta afirmación equivale a rechazar el aserto de que en los orígenes de la contemporaneidad no hay sino una simple cristalización de la evolución que ya venía produciéndose desde mucho antes, como han pretendido ciertos autores desde la década del 60 en adelante —Alfred Cöbban, François Furet, Denis Richet, Mona Ozouf, Guy Chaussinand-Nogaret, entre otros— (Morales Moya y Castro Alfin, 1989; Tilly, 1995). Pero no significa que ignoremos tampoco que las revoluciones económicas, políticas y sociales —al igual que otra serie de circunstancias y de fenó-

menos efectivamente homologables a ellas, que se encuentran asimismo en los orígenes de los tiempos contemporáneos— muestren sentidos diversos y dispar entidad. Puede sostenerse, incluso, la desigual adecuación del nombre mismo de *revoluciones* que damos hoy a ciertos procesos que, evidentemente, no fueron vistos en su tiempo con ese carácter, como ocurre con la llamada “revolución industrial”. Pero otro muy distinto es el caso de la “gran revolución”.

Por razones diversas, la explicación más clásica de la revolución, que la presenta como el enfrentamiento histórico entre dos fuerzas sociales, la antiguamente hegemónica *aristocracia* y la modernamente emergente *burguesía* —y, como resultado, la preeminencia en el futuro de esta última—, es decir, como una revolución *burguesa*, ha sido discutida con fuerza y sometida a revisión. Tal explicación extrajo los fundamentos más perfilados de las formulaciones hechas por Karl Marx y Friedrich Engels, y ha tenido como expositores fundamentales con matices diversos a autores de la importancia de Georges Lefebvre, Albert Soboul, Georges Rudé, Eric Hobsbawm, entre otros, con antecedentes tan ilustres como Jean Jaurès o Albert Mathiez.

Desde los años 50 del siglo XX fueron apareciendo ya explicaciones contrapuestas a ésta, por no hablar de la pronta polémica suscitada ya en el siglo XIX (Gérard, 1970). El contenido más atendible de las nuevas concepciones era su revisión de la caracterización misma que se hacía de la realidad de la aristocracia y, más aún, de esa “burguesía” en el seno del Antiguo Régimen. También se discutían sus respectivos papeles y funciones en las estructuras socioeconómicas existentes, además de su verdadera participación en el proceso revolucionario. Otra cuestión importante, y muy difícil, se refería a las *causas* de la revolución. Con posterioridad, las doctrinas revisionistas de la revolución han puesto en duda, incluso, la existencia de algo que pueda llamarse propiamente *revolución*, para sostener que lo ocurrido fue el desarrollo de una larga evolución que venía ya operándose en el sistema del capitalismo multisecular desde el siglo XVI y que tuvo su momento álgido en el curso de lo que se llamó *Revolución francesa*.

Se niega así, por ejemplo, que pudiera existir una revolución burguesa porque en el siglo XVIII Francia no era ya un país feudal. La diferenciación entre una burguesía y una nobleza, altamente integradas en el sistema capitalista, sería más bien borrosa y tendría algo de irreal. Sin negar los aciertos de algunas de estas matizaciones, la visión en conjunto, que se presenta queriendo entroncar con algunas observaciones que hiciese ya Tocqueville pero que en modo alguno son análogas a éstas, ha sido luego también sometida a nuevas revisiones. Posiciones posteriores han vuelto a sostener que existe realmente una revolución en los orígenes del mundo contemporáneo, aunque la verdadera situación del Antiguo Régimen en ese momento, la entidad de la vieja aristocracia y de “las burguesías” y el proceso mismo por el que se desarrolló el movimiento revolucionario, en Francia y fuera de ella, hayan de ser objeto de serias matizaciones y rectificaciones. La bibliografía sobre este tema es muy amplia (véase el capítulo 2), como lo es la existente acerca de las *revoluciones*, procedente de la historiografía y de la sociología histórica, y en ella es preciso tener en cuenta, como señala acertadamente Charles Tilly, qué concepto de revolución se utiliza (Tilly, 1995; Mann, 1998; Díaz, 1994).

En cualquier caso, y como afirma René Rémond (1974: D), desde el punto de arranque de los movimientos de agitación revolucionaria que empiezan en la década del 70 del siglo XVIII hasta prácticamente las revoluciones de 1848, hay un largo periodo de grandes convulsiones, a una y otra orilla del Atlántico, que remodelarán profundamente las estructuras de las sociedades y el carácter de los Estados, así como su sistema de relación. Un largo periodo que muestra, por una parte, la profundidad y complejidad del cambio pero al que hay que ver, por otra, como un espacio temporal breve en la escala de los fenómenos históricos globales. Entre 1776 y 1848, tomando siempre las fechas como aproximativas y simbólicas, debe seguir hablándose, por tanto, de un *periodo revolucionario*, con avances y retrocesos, desde luego, en el que se forja el mundo contemporáneo que hemos conocido en los siglos XIX y XX.

El propio Tocqueville advertiría también que nunca hubo un acontecimiento de antecedentes más remotos que el de la Revolución, afirmación que tampoco debemos dejar pasar sin hacerla objeto de meditación profunda. Pues si bien las revoluciones se presentaron en Europa y América como acontecimiento súbito, desbordante y finalmente imparable, no nacían, obviamente, de una decisión imprevista o impensada de agentes históricos individuales o colectivos por muy poderosos que fuesen. Es seguro que nunca nadie en el siglo XVIII planificó una revolución, como hace ya muchos años dejó claro el clásico libro de Daniel Morner (1969). Pero no es menos cierto que la progresiva e implacable crisis del sistema social del feudalismo tardío y del aparato político de las monarquías absolutas llevaba a las sociedades hasta el umbral de las condiciones o de la situación en que la revolución puede producirse. Los procesos revolucionarios se desencadenaron por causas indudablemente complejas, que tenían antecedentes muy antiguos.

En cuanto a la preparación y antecedentes de estos episodios revolucionarios, ya en la época misma se hicieron toda clase de suposiciones acerca de las fuerzas que habían provocado tan graves acontecimientos. Y así se empezó atribuyendo la idea revolucionaria a las más oscuras conspiraciones en cuyo fondo se hallaba la masonería, cosa en la que insistiría el acérrimo enemigo de la revolución que fue el célebre abate Barruel, en Francia. La idea de la conspiración llevaría a Jacques Bainville, Pierre Gaxotte y otros autores reaccionarios a hablar del "suicidio masónico" de la nobleza francesa, ejemplificada en la figura de Felipe de Orleans; "Felipe Igualdad", de linaje real. Luego se ha hablado de la fuerza ciega de un campesinado empobrecido y antiseñorial o del designio de una pequeña burguesía ansiosa de sacudirse el poder del rey y de la alta nobleza.

Las causas de las revoluciones que abrieron el mundo contemporáneo son seguramente aún más complejas que lo que se inferiría de estas visiones parciales, aun teniéndolas en cuenta a todas (véase el capítulo 2). En definitiva, una oleada de revoluciones escalonadas en el tiempo y, desde luego, no sólo políticas sino también económicas y sociales con motivaciones antiguas y conocidas, presagiadas y, sin embargo, no previstas por nadie, habría cambiado en un plazo breve de tiempo histórico, en unas décadas, el sistema mundial y acabado con las formas del Antiguo Régimen, abriendo una época histórica distinta.

Pero las lecciones que nos da ese periodo histórico con el que se abre el mundo

contemporáneo no se acaban aquí. Alexis de Tocqueville es ejemplo de un autor que cree en la existencia de una revolución que vino a poner fin a una situación de crisis y de cambio, pero tiene ante ella una peculiar posición. En efecto, pretende transmitirnos, como gran conclusión de su estudio, una tesis que parece perfectamente asumible hoy: la de que la ruptura real que la Revolución produjo en la historia occidental ni destruyó enteramente el viejo mundo ni inventó todo lo que se mantuvo vigente en el nuevo. Y esta doble constatación es también de extraordinaria importancia para entender cabalmente lo que significa históricamente el mundo contemporáneo. Así, ni la Revolución creó un mundo nuevo que no tuviera referencias previas, ni destruyó de manera absoluta el viejo. La Revolución estaba ya prefigurada y su función fue, más bien, eliminar los obstáculos que aún permanecían para que pudiese desarrollarse esa sociedad emergente que latía ya en las entrañas de la antigua. Esto es también cierto.

Los estudios modernos sobre las revoluciones sociales, empezando por los de Barrington Moore hasta llegar a Theda Skocpol, pasando por Charles Tilly o por Eric J. Hobsbawm y las posiciones entroncadas con el marxismo, entre otros, han dejado claros los componentes de innovación y cambio, las profundas causas sociales y los mecanismos políticos complejos que las revoluciones comportan. Pero han destacado los elementos de permanencia que todo movimiento revolucionario acarrea también. En definitiva, esta nueva era que se abría en América y Europa hundía sus raíces en la antigua, profundizaba procesos que ya se habían iniciado antes y aceptaba y desarrollaba presupuestos intelectuales, políticos, sociales y económicos que habían nacido del propio agotamiento y crisis del mundo moderno. Era el mundo que había cristalizado plenamente en el siglo XVIII en el llamado "Antiguo Régimen", rótulo que, como es sabido, fueron precisamente los propios revolucionarios franceses quienes lo acuñaron, convencidos de que estaban acabando con él. Los revolucionarios entendieron por *revolución* diversas cosas: el resultado de unos problemas causados por el protagonismo de ciertos grupos sociales o las alianzas entre ellos, también el procedimiento traumático por el que se derribaba lo existente, la ideología con la que se lo combatía y el proyecto mismo de un cambio rápido (Moore, 1976; Hobsbawm, 1997a; Skocpol, 1984 y 1994; Tilly, 1995).

El hecho real es que las nuevas sociedades que estaban apareciendo conservarían aún, pese a todas sus decisivas innovaciones, un amplio contenido en el que se perpetuaban, aun cuando evolucionasen, muchos rasgos esenciales presentes ya en las viejas. El carácter en cierto modo prescriptivo, previsible, pautado, que tuvo la evolución de la vieja sociedad europea occidental, en Europa y América, hasta desembocar en la revolución que aceleró el proceso, fue lo que a mediados del siglo XIX acertó a ver con lucidez el autor que nos ha servido de fondo, Alexis de Tocqueville. Él analizó el proceso en Francia y en América también en su célebre obra *La democracia en América* [1835]. Sus observaciones han sido luego matizadas y puntualizadas, pero nunca desmentidas.

El mundo contemporáneo se construye, en definitiva, sobre la base de procesos muy largos operados especialmente en el Occidente europeo y americano, cuya prefiguración más inmediata era ya visible en el mundo moderno abierto con

la aparición en Italia y la difusión por todo el continente de la nueva cultura del Renacimiento. De esos procesos forman parte la reforma protestante, las doctrinas políticas del autoritarismo y el absolutismo, el pensamiento de las Luces o la filosofía política del liberalismo. Además, la expansión mundial del capitalismo, bajo la forma ahora progresiva del *industrialismo*, es ya también el desarrollo final de otro proceso paralelo y simultáneo como fue el de su instauración como "sistema mundial" a partir del mismo siglo XVI.

Los componentes particulares del cambio fueron también de enorme importancia. Socialmente, los viejos estamentos quedan arruinados y aparecen las *clases sociales* con el predominio de un grupo complejo formado por las *burguesías*, en cuyo seno existen diversos sectores y fracciones. En política hay una inmensa transformación, aunque sea en algún sentido gradual, desde las antiguas monarquías a los regímenes representativos, de opinión pública y de sufragio. Económicamente, desaparecen o se transforman profundamente, no sin grave conflicto, todas las estructuras del viejo mundo campesino, se desarrolla la industria y se impone el dominio universal del mercado.

Por el contrario, al tiempo que culminan procesos anteriores van a pervivir también en la contemporaneidad bastantes de las antiguas formas prerrevolucionarias que —sin que hayan de ser aceptadas en su plena significación las tesis de Arno Mayer (1986) a las que nos referiremos después— permiten afirmar una cierta persistencia del Antiguo Régimen. La revolución no arrasó en forma alguna ni todas las instituciones ni todas las estructuras ni las mentalidades que existían antes de su desarrollo. Es verdad que muchas de ellas, como el largo predominio económico y social, cuando no político, de la aristocracia o la fortaleza de las viejas comunidades rurales, algunas formas instrumentales del poder absoluto y de la propiedad, etc., no empezarán realmente su disolución sino con la llegada del siglo XX.

Existe, en fin, otro rasgo más que tiene una fundamental importancia en relación con la que se ha considerado muchas veces una de las grandes, o la más grande, de las aportaciones de la contemporaneidad, es decir, el *universalismo* ideológico. La tendencia al universalismo en las construcciones políticas, económicas e ideológicas no fue incompatible con la imposición de una ética del *individualismo*. Pero, en definitiva, ¿puede hablarse de un gran proceso revolucionario y de la aparición inmediata de un mundo nuevo que haya tenido eficacia a escala mundial desde muy pronto? Evidentemente, no. La creencia en una historia universal de la humanidad ha sido durante siglos más el producto de una concepción filosófica y teológica del hombre, una utopía, que una realidad de cuya materialización no podría hablarse ni siquiera hoy en estos tiempos de globalización. El mundo contemporáneo tiene sentido, en sus orígenes al menos, sólo en el contexto de la historia de la Europa occidental y de aquellos nuevos países que desde los grandes viajes y establecimientos de los siglos XV y XVI habían sido colonizados por ella, los países de la otra orilla del Atlántico. En los demás confines del mundo, civilizaciones diversas han seguido sus propios ritmos de desarrollo. Sin embargo, la vieja civilización de Occidente ha continuado en estos doscientos años una marcha imparable hacia su expansión universal y hacia su intenso y transformador

contacto con otras grandes civilizaciones milenarias del planeta, de tal manera que la misma palabra 'civilización' ha acabado adquiriendo en algunos momentos de la contemporaneidad un matiz de universalismo y de confrontación (Braudel, 1969). La Edad Contemporánea ha significado, entrando en una nueva fase, la persistencia de la expansión europea que comenzó ya en el siglo XV, dando lugar, precisamente, a la transformación histórica del planeta y a la recomposición del "sistema mundial" o "economía-mundo" (Wallerstein, 1979-1999, I), sobre lo que volveremos más adelante.

Sólo en el siglo XIX, tras el inmenso despegue económico y técnico de Occidente con la aparición y extensión del industrialismo, esa expansión mundial se convirtió en un programa político e ideológico para las naciones y Estados europeos. De ahí surgió el moderno *colonialismo*, base y fundamento del *imperialismo*, fenómenos ambos que serán analizados en esta obra. Pero tras la historia ya transcurrida y la desembocadura de colonialismo e imperialismo en realidades bien distintas, estamos obligados a ver este nuevo horizonte de la historia mundial sin el acostumbrado enfoque compulsivamente eurocéntrico y ni aun occidentalista en exclusiva. Porque, precisamente, conviene insistir, el sentido de la contemporaneidad ha sido el de ampliar las perspectivas de una historia humana más entrelazada en sus sociedades y civilizaciones, el de ampliar el ideario universalista.

El mundo contemporáneo se ha ido configurando mediante la confluencia o la necesaria simultaneidad de procesos diferentes según son diversos los propios niveles, direcciones y objetivos de la actividad humana en forma de metas sociales deseadas o imprevistas. En el resto de esta introducción trataremos de los desarrollos y las trayectorias históricas más destacables que han hecho posible, partiendo, sin duda, de unos sucesos revolucionarios en su origen, la posterior conformación paulatina de nuevas sociedades. Después de ello estaremos ya en mejor disposición para pasar a una somera revista de esas fundamentales novedades que los siglos XIX y XX han aportado y que van a ser estudiadas con mayor profundidad a lo largo de los capítulos de esta obra.

En la bibliografía histórica actual existe un notable conjunto de obras que tratan ampliamente los orígenes del mundo contemporáneo desde muchos puntos de vista, incluyendo la evolución que lleva a un verdadero corte revolucionario en el último tramo del siglo XVIII. También se ha estudiado con profundidad el nuevo arranque de época que es perceptible con la catástrofe de la Gran Guerra a comienzos del siglo XX, continuada poco después por otra aún más devastadora, la de 1939. Las mejores obras de referencia que existen en la historiografía internacional van a ser tenidas en cuenta en los capítulos que seguirán, procurando que la bibliografía sea lo más variada posible. Procederá de todos los ámbitos culturales existentes hoy, con una destacada presencia del de habla española. La bibliografía historiográfica será siempre complementada con la que sea pertinente procedente de otros ámbitos de la investigación social: la economía, la sociología, la politología, etcétera.